

GENESIS DEL VINCULO ENTRE CULTURA Y VIOLENCIA

El término violencia no es más que una traducción del vocablo latino *Violentia* derivado de la raíz *violo* que quiere decir "atentar", "violar". Su sentido primero alude a una fuerza vital presente en el origen de la vida.

En otros términos violencia incumbe a la lucha por sobrevivir. De ahí su conexión primordial con la cultura como algo referido también a cultivar, construir, habitar, morar. Para construir una morada el hombre tiene que violar la materia que se opone a esa forma o atentar contra el otro que impide su acción formadora.

Acorde a este significado dual de la lucha por sobrevivir, Freud define en el *Malestar en la Cultura*, el término que le da razón a su escrito "La palabra *Cultura* designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres".

La primera relación, pues, entre violencia y cultura está en el orden de la sobrevivencia frente a las fuerzas naturales. El hombre, fuerza nacida de la naturaleza, se opone a ella para subsistir. Tiene que matar para vivir o sea que la somete ejerciendo un control cada vez mayor sobre sus energías naturales. Llamamos técnica a esta voluntad de poder sobre la naturaleza hasta apresarla en sus leyes naturales.

Pero el sentido más próximo de la palabra cultura se refiere a la construcción de un orden legal o de una norma de convivencia. En esta segunda acepción del término su relación con la violencia es más íntima e intensa. Se trata de la violencia como un atentado contra su propia *instintividad* presente en la relación de sujeción de una ley vinculante al comportamiento de los humanos entre sí. Para Freud este es el elemento decisivo de lo cultural: "Acaso se pueda empezar consignando que el elemento cultural está dado con el primer intento de regular estos vínculos sociales. De faltar este intento tales vínculos quedarían sometidos a la arbitrariedad del individuo, vale decir, el de mayor fuerza física los resolvería en sentido de sus intereses y mociones pulsionales. Y nada cambiaría si este individuo se topara con otro más fuerte que él. La convivencia humana sólo se

El mito fundamental acuñado por el psicoanálisis freudiano sobre los orígenes de la cultura parte de una *Violencia Originaria: Toda la Familia Humana debe su génesis a un Crimen Fundador. Apartándose de toda la tradición filosófica dominante en Occidente, Freud supone un Estado de Naturaleza de guerra o anarquía originaria durante la cual "el hombre es un lobo para el hombre". Lejos de renunciar a este estado de "insociable sociabilidad" los humanos realizan un pacto de coexistencia regulador de una Violencia Fundamental por otra Violencia Institucionalizada incapaz de desterrar ese "rasgo indestructible de la naturaleza humana que siempre le seguirá".*

Este escrito intenta reconstruir este Modelo de Análisis Cultural del psicoanálisis desarrollando las consecuencias de esa Ambivalencia Pulsional humana frente a la Ley. La insistencia fundamental del presente artículo reside en demostrar que las Culturas que no asumen estas prohibiciones básicas de la Civilización -el Incesto y el Parricidio- están condenadas a repetirlo.

vuelve posible cuando se aglutina una mayoría más fuerte que los individuos aislados, y cohesionada frente a estos. Ahora el poder de esta comunidad se contrapone, como derecho, al poder del individuo que es condenado como "violencia bruta". Esta institución del poder del individuo por el de la comunidad es el paso cultural decisivo".

Llámase "pacto" social a ese paso cultural decisivo. Se trata de un orden jurídico, el derecho, o la Ley reguladora de la convivencia la cual no se quebrantará para favorecer a ningún individuo. Es este el valor ético de derecho cuyo "resultado último debe ser un derecho al que todos -al menos los más capaces de vida comunitaria -hayan contribuido con el sacrificio de sus pulsiones y en el cual nadie- con la excepción ya mencionada- puede resultar víctima de una violencia bruta".

El pacto supone que los miembros de la comunidad se limitan en la satisfacción anárquica de sus pulsiones "en tanto que el individuo no conocía esta limitación". Tal paso decisivo hacia la Cultura desde el estado donde "la libertad individual fue máxima" hacia una "coacción instintiva a la que nadie puede escapar", impone unas restricciones que despiertan hostilidad de ese resto "no domeñado por la cultura".

Tal insatisfacción imposible de desterrar de la Cultura es la Violencia creada por ella misma en el sofocamiento de las pulsiones que le dieron origen. "El esfuerzo libertario, dice Freud, se dirigirá entonces contra determinadas formas y exigencias de la cultura contra ella en general. No parece posible impulsar a los seres humanos mediante algún tipo de influjo a trasmutar su naturaleza en la que una termita: defenderá siempre su demanda de libertad individual en contra de la voluntad de la masa".

Para desterrar, pues, la violencia bruta o la "arbitrariedad ilimitada" se requiere una "denegación cultural". Se cambia una violencia arbi-

traria por una violencia regulada. Pero tal denegación cultural genera una hostilidad creciente en lo que pretende evitar. La cultura es medicina y veneno a la vez.

Una preciosa cita de Freud tomada del Malestar en la Cultura retrata este proceso: "Estas son las limitaciones a las que debieron someterse para mantener el nuevo estado. Los preceptos del tabú fueron el primer derecho. Por consiguiente la convivencia de los seres humanos tuvo un fundamento doble; la compulsión al trabajo, creada por el apremio exterior, y el poder del amor, pues no quería estar privado de mujer como objeto sexual, y ella no quería estar separada de su hijo, carne de su carne. Así, Eros y Ananké (amor y necesidad) pasaron a ser los progenitores de la cultura humana. El primer resultado de esto fue que mayor cantidad de seres humanos pudieron permanecer en comunidad".

La premisa, pues, de todo análisis cultural desde el psicoanálisis, es la de asumir esa ambivalencia de sentimientos humana como gestora y motora de la cultura. El ser humano no es social ni asocial por naturaleza; más bien podría determinarse a la manera kantiana como una "asociable sociabilidad". Por ende no entra en la Cultura por naturaleza ni por consenso sino mediante un pacto que permite "regular" o denegar ese libre juego de las pulsiones.

La otra consecuencia radical del planteamiento freudiano sobre esa asociación entre la génesis de la cultura y la violencia produce una extraña antinomia. La cultura, forjada para ligar esa "violencia bruta" produce a la vez violencia o mejor, procura hostilidad entre sus miembros. Esta ambivalencia fundamental del hombre ante la Ley o mejor del Deseo frente a la Ley, es la generadora de esa imposible armonía del Sujeto con la Cultura o con su Ley. La transgresión forma parte de la dinámica del deseo frente a la Ley. De allí que la sublimación de la libi-

do en la Cultura tiene como resultado no sólo el bienestar sino el Malestar en la Cultura. El sometimiento a la Ley provoca a la vez lazos de convivencia y hostilidad mutua. El Super Yo que domestica esa ambivalencia pulsional es a la vez el promotor de la transgresión. es el culpable a la vez de la revivencia del crimen primordial: simboliza y revive a la vez culpa y delito. En síntesis el Super-Yo cultural, nacido para sofocar la agresión, la promueve al orientar la acción humana mas allá de los límites de la Ley.

La última consecuencia que se desprende de esta vinculación entre Cultura y violencia a la luz del psicoanálisis es la de que esta dialéctica entre Violencia Primitiva y Violencia Cultural no desaparecerá.

El enfoque Freudiano del tiempo ha mostrado que los hombres no viven sólo en el presente sino más bien en un ciclo repetitivo de sus orígenes o sea en un "eterno retorno de lo mismo". Freud decía esto criticando el materialismo histórico: "La concepción materialista de la historia peca en no estimar bastante este factor. Lo aparta a un lado con la observación de que las ideologías de los hombres no son más que el resultado y la ruperestructura de sus circunstancias económicas presentes. Lo cual es verdad pero probablemente no toda la verdad. La humanidad no vive jamás por entero en el presente; en las ideologías del superyo perviven el pasado, la tradición racial y nacional, que sólo muy lentamente cede a las influencias del presente y desempeña, en la vida de los hombres, mientras actúa por el Super-Yo, un importantísimo papel independiente de las circunstancias económicas.

Ejemplo cabal de esta dialéctica del tiempo en la humanidad es el anotado por Freud en "Psicología de las Masas y análisis del Yo" respecto a la oscilación de la Masa y vuelta a la horda primitiva. El peligro latente de disgregación que afecta a la masa en las situaciones de pánico demues-

tra la persistencia de ese carácter siniestro de lo primitivo que retorna debiendo permanecer oculto. La omnipotencia de las masas no es más que un remedio de esa omnipotencia de los pensamientos primitiva, capaz de violar todas las normas de convivencia impuestas por la delgada capa de civilización. El último caso de esta persistente ambivalencia de sentimientos presente en la colectividad es el referente al pueblo judío traído a colación en "Moisés y el monoteísmo". "El pueblo judío, que con su acostumbrada tozudez siguió negando el parricidio, tuvo que espiar amargamente esta actitud en el curso de los tiempos". En síntesis el pueblo que no asume ese parricidio originario está condenado a repetirlo. La Ley o la Etica colectiva no se funda racionalmente sino por un Pacto forzado por una voluntad exterior "Pero cuanto nos parece grandioso, enigmático y mística-

mente obvio en la ética, debe tal carácter a su vínculo con la religión, a su origen con la voluntad del Padre".

GENESIS OF THE BOND BETWEEN CULTURE AND VIOLENCE.

The fundamental myth invented by Freudian psychoanalysis on the origin of culture starts from a primordial act of violence: the entire human family owes its origin to a founding crime. Diverging from the entire dominant western philosophical tradition, Freud postulates a state of nature at war or in a primordial anarchy in which man is a wolf for man. Far from giving up this state of "unsociable sociability", humans make a pact of coexistence that regulates a foundational violence through another institutionalized violence, incapable of proscribing this indestructible facet of human nature that shall always continue.

This paper attempts to reconstruct this psychoanalytic model of cultural analysis developing the consequences of this ambivalence of the human drives with regard to the law. The main purpose of this essay is to demonstrate that cultures that do not assume the basic prohibitions of civilization - those of incest and parricide - are bound to repeat them.

nal Freud imagina este acontecimiento primordial mítico del asesina-

nato del padre, punto de partida de donde habría surgido toda tradición moral y cultural.

HIPOTESIS GENERAL

La hipótesis teórica fundamental de psicoanálisis freudiano sobre la cultura parte de reconocer en un "estado prehistórico" primitivo, la violencia o la lucha a muerte que se encuentra en los orígenes de la vida. El hombre como lobo para el hombre (homo homini lupus) es señalado expresamente por Freud, como el paradigma del "estado de naturaleza" presocial del que brota toda cultura. Por ello desde "Tótem y Tabú" esta radical oposición a muerte entre padre e hijo en la sociedad primitiva es asumida por Freud como reveladora de la ambivalencia constitutiva de las pulsiones humanas. Desde tal ambivalencia pulsional Freud imagina este acontecimiento primordial mítico del asesina-

Mientras "Tótem y Tabú" desarrolla más particularmente las raíces violentas de la cultura y el sentido de los ritos destinados a proteger la vida contra los fantasmas violentos más primitivos, sus escritos de madurez culminan en el "Malestar de la Cultura" con la convicción de que ese "rasgo indestructible de la naturaleza humana siempre le seguirá". Es por el reconocimiento de este temor primitivo subsistente en todo hombre civilizado de reproducir esa violencia inicial en las imágenes parentales como Freud llega a recordar la necesidad de encontrar una imagen parental protectora salvadora de su estado de indefensión primitivo. Este es el dato primordial del que parte toda cultura: defenderse no sólo de la impotencia originaria ante la naturaleza exterior sino defenderse de ese estado de indefensión primera ante sus propias imágenes parentales.

"En realidad, afirma Freud, es el egoísmo el que enseña a amar". Esta tesis de capital importancia recalca la convicción fundamental freudiana de que la cultura no es otra cosa que una "regulación de frustración. La casa construida por el hombre como su morada cultural es un intento de integrar ese egoísmo primordial en una convivencia. Para ello los primitivos aportaron una regulación manifestada en el sentido de integrar esa irracionalidad en la función de iniciación del tótem. En este mismo sentido de la horda primitiva, los miembros de la masa social tendrán que erigir al héroe, al líder o al jefe padre en ese lugar de ideal del Yo: enfrentado a lo imaginario de su Yo ideal que "se muestra dispuesto siempre a suprimir a ese alguien, sea el padre, la madre, un esposo o una esposa. Esta maldad de la naturaleza humana nos había sorprendido y no estamos dispuestos a aceptarla". El Malestar de la Cultura, obra cumbre

de este razonamiento en torno a la violencia fundamental, encuentra por debajo de esa capa de la civilización organizada libidinalmente o mediante lazos libidinales, la presencia escondida de una hostilidad primaria, una violencia espontánea, un estado inicial de "bestia salvaje" que impone una destrucción de los suyos.

Pese pues a que la cultura como morada humana construida para escapar a la violencia haya impuesto unas alianzas o lazos libidinales primarios - la prohibición del incesto y del parricidio -, sin embargo este pacto fundamental no obsta para la persistencia del "estado de naturaleza" como su estado latente. Esa presencia de sus rasgos indestructibles que siempre le seguirá implica que este estado de "anomia" o asocialidad instintiva primaria no desaparece con el pacto o, en términos freudianos, se diría que intrincación de las pulsiones de vida y muerte no cesará de repetir su ciclo interminable de luchas de fusión y defusión. La no integración plena de esta violencia primera en los lazos libidinales impuestos por el pacto o la ley del padre muerto implica la persistencia en todo grupo humano de un fantasma primordial violento o del denominado "imaginario violento fundamental".

Es éste el sentido de nuestra tesis sobre la persistencia de una agresividad primordial en la cultura. Lo hacemos a la manera como Lacan entendió precozmente ese llamado "masoquismo primario" del ser humano en su texto sobre la familia. Recordemos, dice allí, que este papel de doble íntimo que desempeña el masoquismo en el sadismo ha sido puesto de relieve por el psicoanálisis y que lo que condujo a Freud a afirmar un instinto de muerte es el enigma constituido por el masoquismo en la economía de los instintos vitales. Si se desea seguir la idea que hemos indicado anteriormente y designar, como lo he-

mos hecho en el malestar del destete humano la fuente del deseo de muerte, se reconocerá en el masoquismo primario el momento dialéctico en el que el sujeto asume a través de sus primeros actos de juego la reproducción de ese malestar mismo, y de ese modo lo sublima y lo supera.

Al rescatar, pues, ese "principio económico del masoquismo" como la expresión más íntima del quehacer humano o de su economía afectiva estamos planteando lo radical del descubrimiento freudiano como que lo originario en el hombre es el masoquismo y la identificación con el otro como objeto de violencia.

CULTURA Y VIOLENCIA

Cultura y violencia son para el psicoanálisis dos realidades que se implican mutuamente. Desde el libro antropológico por excelencia "Tótem y Tabú" hasta "El malestar en la Cultura", pasando por "La Psicología de las masas y Análisis del Yo", la obra de Freud parte de la idea fundamental de una violencia originaria como fundadora de la cultura. Para explicar la imposible armonía ente ley y deseo o de su ambivalencia fundamental, Freud apela al mito del parricidio, al mito del asesinato del padre.

Este "acto criminal memorable" estaría en el inicio de muchas cosas de la sociedad humana: "la organización social, las correcciones morales y la religión". Este asesinato prehistórico es imaginado como la realización en acto de los deseos prioritarios de la humanidad que al consumarse en el drama del parricidio y en la consagración por los asesinos de una rivalidad insoluble, ocasiona el acontecimiento primordial gestor del tabú de la madre y la inviolabilidad del padre. Cuando Freud concluye su obra precursora con la sentenciosa afirmación: "En el principio era el acto", nos está anunciando la necesidad de figurar este crimen como

mito fundador de la cultura.

El crimen primordial fue necesario para alcanzar un pacto con el padre que permitiera consolidar una alianza entre los hermanos sobre unas prohibiciones básicas. El sistema totemista era, por así decirlo, un contrato con el padre, en el cual este último prometía todo cuanto la fantasía infantil tiene derecho a esperar de él: amparo, providencia e indulgencia, a cambio de lo cual uno se obliga a honrar su vida, esto es, no repetir en él aquella hazaña en virtud de la cual había perecido (se había ido al fundamento) el padre verdadero. La ambivalencia de sentimientos que dio origen al crimen se continúa ahora tras el pacto pero esa tensión insoportable en sus inicios es reconciliada de algún modo "en la santidad de la sangre común", en el realce de la solidaridad entre todo lo vivo que pertenezca al mismo clan. Entre tanto, los hermanos se aseguraron que ninguno de ellos puede ser tratado por otro como todos en común trataron al padre. Previenen que pueda repetirse el destino de éste, a la prohibición de raigambre social de matar al hermano.

Por así decirlo, de ahora en adelante la sociedad naciente quedaba exculpada de esa acción primera y se contentaría en lo sucesivo con imaginar que cometían el parricidio. Representar el crimen primordial como un acontecimiento único perteneciente a la prehistoria humana arroja una sombra inmortal sobre los instintos asesinos de los inocentes herederos, redimidos en su ejecución directa y mantenidos a distancia de pasar al acto mediante su simple conmemoración simbólica. El mito de parricidio original ha cumplido su objetivo central de esclarecer la raíz de las prohibiciones sobre las que se erige la ley. "La ley sólo prohíbe a los seres humanos aquello que podrían llevar a cabo bajo el esforzar de sus pulsiones. No hace falta que sea prohibido y castigado por la Ley lo que la naturaleza misma prohíbe y

castiga. Por eso podemos suponer tranquilamente que unos delitos prohibidos por una ley son tales que muchos hombres los cometerían llevados por sus inclinaciones naturales. Si no existiera una inclinación natural de esa índole tampoco se producirían aquellos delitos; y si éstos no se cometieran para qué haría falta prohibirlos?"

Estas prohibiciones instauradoras de la cultura-tabúes y totémicas- son las que generan las primeras normas y las primeras alianzas. La familia y el clan totémico existen como alianzas, gracias a estas interdicciones que prohíben el incesto y dan lugar a la exogamia. Pero este pacto con el padre implica un compromiso entre los deseos ambivalentes frente a toda ley. El hombre se prohíbe y se humaniza pero al mismo tiempo surge su deseo de ir más allá de esta ley y trasgredirla a través de la violación de las normas establecidas.

La ambivalencia de los deseos frente al padre alcanza una transacción entre amor y odio trocando la violencia original en un pacto cuya eficacia simbólica contendrá dentro de los límites del simulacro la reiteración de este crimen en los ritos colectivos.

DE LAS PROHIBICIONES Y ALIANZAS PRIMORDIALES DE LA HORDA A LA MASA

Tótem y Tabú había construido el mito de parricidio como única explicación o hipótesis ficcional de la fijación en la ley por parte del sujeto de la cultura. Este pacto primordial previene de que pueda repetirse el destino que le dio origen. Por lo tanto esta creación edípica primera prescribía un sistema de parentesco con un otro unificador del régimen normativo y de las alianzas iniciales del clan y la familia. En una palabra, los miembros de la horda se sentían ligados entre sí merced a su estrecho vínculo con el padre de la horda primordial.



Esta hipótesis de transmutación del estado de naturaleza en estado de civilización implica sin embargo la ambivalencia contenida del deseo humano frente a la ley. Esto lo comprueba la estrecha vinculación de los afectos de la masa cuando reviven los de la horda primordial.

En "Psicología de las masas y análisis del yo", Freud recoge las palabras de Le Bon: "además, por el mero hecho de pertenecer a una masa organizada, el ser humano desciende varios escalones por la escala de la civilización. Aislado era quizá un hombre culto: en la masa es un bárbaro, vale decir una criatura que actúa por instinto. Posee la espontaneidad, la violencia, el salvajismo y también el heroísmo de los seres primitivos". En síntesis los sentimientos de la masa reviven el alma del primitivo es su ambivalencia constitucional. Esto es considerado por Freud "lo siniestro" del alma humana: su retorno permanente a esa omnipotencia primordial de sus instintos. "Para juzgar correctamente la moralidad de la masa es preciso tener en cuenta que al reunirse los individuos de la masa desaparecen

todas las inhibiciones y son llamados a una libre satisfacción pulsional todos los instintos crueles, brutales, destructivos, que dormitan en el individuo como relictos del tiempo primordial. Pero, bajo el influjo de la sugestión, las masas son también capaces de elevados actos de abnegación, desinterés, consagración a un ideal".

Los vínculos que atan a las masas contienen los mismos relictos del tiempo primordial, o sea, son ambivalentes frente a su ideal paterno. Tales vínculos libidinales, como los llama Freud, atan a los miembros del grupo en dos sentidos: horizontal y verticalmente. En las llamadas masas artificiales, escribe Freud al referirse con ello a la iglesia y el ejército, "cada individuo está ligado libidinalmente por un parte al líder (Cristo, el comandante en jefe) y por otra a otros individuos de la masa". La intensidad de estas conexiones dobles explica la regresión del individuo cuando se hunde en la masa: allí puede abandonar con seguridad las inhibiciones adquiridas.

Estas alianzas eróticas sublimadas en el seno de la masa también

explican por qué las colectividades que encadenan a sus miembros al amor al mismo tiempo también están llenas de odio. Todo esto lleva a Freud a la conclusión de que toda relación viva desde la familia primera hasta la familia ampliada (la masa) "contiene un sedimento de sentimientos hostiles, agresivos, que se sustraen a la percepción sólo como consecuencia de la represión".

De hecho lo que Freud ha pesquisado en la persistencia de ese instinto gregario del individuo sumido en la masa es la continuidad de estos primitivos impulsos ambivalentes hacia el padre de la horda. Así concluye: "El sentimiento social descansa, pues, en el cambio de un sentimiento primero hostil en una ligazón de cuño positivo, la índole de una identificación. Hasta donde hoy podemos penetrar este proceso, dicho cambio parece consumarse bajo el influjo de

una ligazón tierna con una persona situada fuera de la masa".

Con una persona situada por fuera de la masa en la que sus miembros depositan su libido y a la que erigen como un ideal es reconstruida como el sustituto del padre elaborado por los antiguos en el "mito del héroe". "El mito es, por tanto aquel paso con el que el individuo sale de la psicología de la masa. El primer mito fue, con seguridad, el psicológico: el mito del héroe... En efecto se presentan y refieren a esta masa las hazañas de su héroe inventado por él. En el fondo este héroe no es otro que él mismo. Así desciende hasta su realidad, y eleva a sus oyentes hasta la fantasía. Ahora bien, éstos comprenden al poeta, pueden identificarse con el héroe sobre la base de la misma referencia añorante al padre primordial".

Se da el enamoramiento del padre con la presencia simultánea

del amor y odio en el lugar del ideal del Yo. Este es el modo como se instala el líder sobre la masa. Colocado en el puesto del ideal del Yo, él puede subsumir o tomar en masa a todos los "egos" que renuncian a su propio YO, al goce narcisista, para instalarlo en el lugar del ideal. Los "yoes" desaparecen en su identificación ideal y la formación de la masa asume el carácter de una regresión semejante a la de los hijos frente al padre de la horda primordial.

VIOLENCIA DE LA CULTURA Y CULTURA DE LA VIOLENCIA EN LA MASA

Al igual que en la horda, los individuos que integran la masa se unen en relación con el jefe-padre en una doble dimensión; el padre primitivo con quien domina un sentimiento de sometimiento y hostilidad, ambivalencia originaria de los sentimientos, y el "padre muerto" que permite la unión de la masa a través de su sustitución por una idea rectora o un ideal del Yo. "La masa se nos muestra, pues, como una resurrección de la horda primitiva. Así como el hombre primitivo sobrevive virtualmente en cada individuo, también toda masa humana puede reconstituir la horda primitiva. Habremos pues, de decir que la psicología colectiva es la psicología humana más antigua".

Masa y horda oscilan entre vuelta al narcisismo primario o constitución de su ideal y la ambivalencia de su movimiento oscilante va de una regresión a un padre absoluto, "absolutamente narcisista" - como lo llama Freud- quien divide a los individuos y los designa entre sí para mantener su reinado, a la constitución de un padre-jefe-ideal el cual liga a los miembros de la patria e instauran en él un ideal al que pueden amar y respetar. Esta alianza o pacto originario configura la relación con el jefe: hay que identificarse con él para que el individuo constituya su relación social con la masa,

haciendo del jefe un ideal del yo compartido, pero manteniendo la prohibición de no tomarse por jefe.

El haber situado a un jefe-padre en el lugar del ideal del Yo, con la condición de no serlo, define un lugar del poder como poder del padre, frente a cuyos caracteres y atributos se constituye la masa.

En síntesis, una masa sólo constituye el monopolio del poder mediante estas dos condiciones: el jefe-padre no debe ejercer su poder de modo absoluto como el padre omnipotente o narcisista de la horda a riesgo de desencadenar de nuevo el asesinato de la horda primitiva, y segundo, todos los miembros de la masa deben resignar la tentación de constituirse en sustituto del padre primitivo.

La tesis clave de la *"Psicología de las masas y análisis del YO"* es la de que los miembros de la masa sólo establecen lazos sociales y superan su relación de rivalidad narcisística en la medida que transforman ese sentimiento primitivo hostil en un enlace positivo de naturaleza identificatoria merced la constitución de un objeto idealizado el padre-jefe. Colocar este objeto en el lugar del ideal del yo o del modelo genera una relación de reconocimiento haciendo del padre-jefe un modelo a ocupar, mantiene la distancia del yo con su ideal.

Esta distancia implica que esta identificación supone la diferencia. De este modo la diferencia o la semejanza con el ideal identificatorio mantiene en sus límites esa rivalidad aún después de la identificación puesto que tras ella persiste la prohibición de no querer ocupar el lugar del jefe. En otros términos la conservación de esta rivalidad latente de la masa con el jefe y de cada uno de los miembros con él, constituye la única forma de escapar a la sumisión servil al padre o del jefe-padre y revivir esa relación de dominación propia de la sujeción del esclavo al amo.

Frente a esas relaciones conflictivas propias del yo-ideal imaginario perteneciente al dominio de lo fanático (principio de desunión) el ideal del yo simbólico propicia la investidura del otro por lo erótico, esto es, mediante la identificación a ese ideal asegura lazos libidinales capaces de permitir la unión del grupo y el desarrollo de una historia en común. Esta historia no es el reino de armonía pero si regula el conflicto por pacto de no agresión único capaz de ligar el amor y el odio, en la rivalidad y la solidaridad. Este pacto instaura el circuito simbólico o sea la intrincación de las pulsiones creativas y destructivas humanas. Tal enlace libidinal impide la compulsión repetitiva de lo mismo y sustituye la violencia de la cultura por la cultura de la violencia. En una palabra este lazo social instituye la historización o rehistorización simbólica en lugar de la repetición traumática del espacio vacío.

DE LO SINIESTRO EN EL HOMBRE AL MALESTAR DE LA CULTURA

Todas las tesis recorridas hasta aquí desde *"Tótem y tabú"* indican que sí hay un aporte freudiano en torno a la violencia. Este consiste en sustentar que cultura es sinónimo de violencia puesto que ni el civilizado hombre de la sociedad de masas ni el primitivo hombre del *"estado personal de la naturaleza"* escapan a ella. La construcción de la morada humana llamada la cultura no supera definitivamente este estado natural pre-social aunque el *"hombre fuerza surgida de la naturaleza niegue la naturaleza"* sin embargo esta *"naturaleza conquistada ostenta las huellas de la violencia humana"*.

A este propósito Freud escribió en su texto sobre *"lo siniestro"* de 1919 lo siguiente: *"Lo angustioso es algo reprimido que retorna. Esta forma de la angustia sería precisamente lo siniestro... y así comprendemos que el*

lenguaje corriente pase insensiblemente de lo Heimlich (lo familiar) a su contrario, lo Unheimlich, pues esto último, lo siniestro, no sería realmente nada nuevo, sino más bien, algo que siempre fue familiar a la vida psíquica y que sólo se tornó extraño mediante el proceso de represión... Lo siniestro sería algo que debiendo haber quedado oculto, se ha manifestado". Ello quiere decir que se trata de un *"retorno de lo mismo"* y este retorno de lo mismo es *"lo mismo que uno fue"*.

Podría decirse que este texto recuerda que ningún hombre escapa a esa experiencia de querer retornar al lugar de donde ha salido. En palabras de Freud: *"Esa cosa siniestra es la puerta de entrada a una vieja morada de la criatura humana, el lugar en que cada uno de nosotros estuvo alojado alguna vez, la primera vez. Se suele decir jocosamente, 'amor es nostalgia' y cuando alguien sueña con una localidad o con un paisaje, pensando en el sueño: 'Esto lo conozco, aquí ya estuve alguna vez', entonces la interpretación onírica está autorizada a reemplazar ese lugar por los genitales o por el vientre de la madre. De modo que también en este caso lo Unheimlich o lo extraño es lo que fue heimlich, lo hogareño, lo familiar desde mucho tiempo atrás. El prefijo negativo -un- antepuesto a esta palabra es en cambio, el signo de la represión. Sin más podríamos decir que todo hombre de la cultura anhela volver al claustro materno, a ese lugar de indiferenciación originaria, al vientre como paraíso original. Esta nostalgia de la humanidad por el todo o su ilusión metafísica de la armonía universal, abismo mítico de la fusión afectiva, utopía social de una tutela autoritaria, son todas formas de la búsqueda del paraíso perdido anterior al nacimiento y de la más oscura aspiración a la muerte"*.

Desde *"Tótem y Tabú"* Freud había reconocido este sentimiento de lo ominoso o siniestro en una nota del ensayo III sobre *"Animismo, magia y omnipotencia de los pensamientos"*. *"Parece que conferimos el carácter*

de lo ominoso a las impresiones que corroborarían la omnipotencia de los pensamientos y el modo animista de pensar en general, en tanto que en nuestro juicio ya nos hemos extrañado de ambas creencias". Se trata pues de una tendencia cultural a restaurar el llamado narcicismo primitivo de la omnipotencia de las ideas. Esta fase natural del animismo, la magia o el fetichismo se caracteriza por el desvanecimiento de los límites entre la fantasía y la realidad o sea, "una exageración de la realidad psíquica frente a la realidad material". En una palabra, el propio Freud había caracterizado esta omnipotencia de los pensamientos como el estado en que un símbolo asume el lugar o la importancia de lo simbolizado.

Freud se pregunta el porqué de su relación con la muerte. Y lo asocia a esta relación de lo siniestro con la omnipotencia del pensamiento como un "más allá" surgido en el animismo como placer erótico por el terror o la vivencia del miedo. Ese más allá surgido en la erotización de las figuras del temor es lo que determina la parálisis del pacer para ceder al goce del terror o "la fascinación con la muerte".

Esto es lo que sostuvo en sus "Reflexiones actuales sobre la guerra y la muerte" donde muestra la hipocresía del hombre civilizado que pretende ignorar que su cultura esta edificada sobre la violencia.

Esta cultura que reniega de esta fuerza de donde emerge no es más que una cultura hipócrita. Y es a partir de esta constatación de la hipocresía cultural que él delinea una actitud diferente frente a la vida y la muerte. "La vida se empobrece, pierde interés, cuando la máxima apuesta en el juego de la vida, que es la vida misma no puede arriesgarse". De allí también se desprende la conclusión de ese escrito sobre la guerra: "Si vis pacem, para mortem: si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte".

En "lo siniestro", la muerte como apetito primario o el instinto auto-

destructor del llamado "masoquismo primario" reconoceremos el malestar de la cultura humana. La familia, texto precursor de Lacan, así lo señala, reconocerá en el masoquismo primario el momento dialéctico en el que el sujeto asume... la reproducción de ese malestar mismo, y de ese modo, lo supera y lo sublima.

DEL MALESTAR CULTURAL A LA MISERIA PSICOLOGICA DE LAS MASAS

Desde Tótem y Tabú hasta el malestar de la cultura, Freud había mostrado la aparición de una ley reguladora de la ambivalencia pulsional humana con condición de posibilidad de la cultura. Fuese a través del Tótem, del ideal del Yo en la psicología de las masas o del Super Yo de la cultura, en todo caso era el padre o el jefe-padre el instaurador de ese tránsito entre "estado presocial de la naturaleza" y la llamada civilización histórica. Lacan ha resumido este proceso en una afortunada frase de su precoz libro sobre la familia: "Las sociedades primitivas, que aportan una regulación más positiva a la sexualidad del individuo, manifiestan el sentido de esta integración irracional en la función de iniciación del Tótem, en tanto que el individuo identifica en éste su esencia vital y se la asimila virtualmente; el sentido del Tótem, reducido por Freud al Edipo, equivale, en mayor medida, en nuestra opinión, a una de sus funciones: la del ideal del yo".

La regulación de la frustración propia de la cultura o la regulación de estos efectos ambivalentes existentes entre los hombres en la cultura la brinda el padre puesto en el lugar del ideal del Yo. Así lo declara el propio Lacan: "La regulación de estos afectos se concentra en el complejo a medida que se racionalizan las fórmulas de comunión social en nuestra cultura, racionalización que él determina recíprocamente al humanizar el ideal del YO".

El ideal regulador de esta ambivalencia pulsional es el padre. Es él en su función simbólica el que humaniza o racionaliza la comunicación social. El mito del parricidio tenía como fin mostrar ese origen de la ley desde esa "anomia" primordial; tras su asesinato y el surgimiento del tótem - la ley del padre muerto- vino la extensión de esa relación primaria al padre de los grandes conflictos naturales. La necesidad de violentar al individuo para que opere en él la compulsión de los mandatos de la cultura, se logró mediante la introducción de un Super Yo de la cultura: "Es lícito aseverar en efecto -anota Freud en el Malestar de la Cultura- que también la comunidad cultural plasma un Super Yo bajo cuyo influjo se consume el desarrollo de la cultura.

Para un conocedor de la cultura humana será una seductora tarea estudiar esta equiparación en sus detalles. Me limitaré a destacar algunos puntos llamativos. El Super Yo de una época cultural tiene un origen semejante al de un individuo: reposa en la impresión que han dejado tras de sí grandes personalidades conductoras, hombres de fuerza espiritual avasalladora, o tales que en ellos una de las aspiraciones humanas se ha plasmado de la manera más intensa y pura, y por eso también unilateral. La analogía en muchos casos va mucho más allá todavía pues esas personas -con harta frecuencia, no siempre- han sido escarnecidas, maltratadas y aún cruelmente eliminadas por los demás; tal y como el padre primordial solo mucho tiempo después de su asesinato violento ascendió a la divinidad".

El Super YO de la cultura ha puesto en este lugar paterno a grandes hombres que reviven ese mito del parricidio como única forma de instaurar la ley de la cultura. Esos grandes hombres legan un poderoso Super Yo cultural como enunciadores de ideales o reglas morales que actúan con poder coercitivo sobre la comunidad por su valor normativo. De alguna manera esta



las pérdidas a través de la cultura”.

Las inclinaciones agresivas de los hombres y sus componentes conflictivos no se cancelan con el Super Yo paterno de la cultura y por el contrario es de temerse un incremento de la agresividad si se acen-túan las exigencias de un Super Yo cultural severo. El rigor del dominio patriarcal y la forma tiránica de las prohibiciones no sólo son culpables de la infelicidad moral de los hombres a través del incremento de sus sentimientos de culpa, sino que estancan los desarrollos de vínculos sociales o de comunicación civilizada entre los hombres. La consecuencia mas funesta a la que puede conducir este crecimiento y extensión de la cultura es lo que Freud denomina “miseria psicológica de la masa”. Dice Freud: “Además de las tareas de limitación de las pulsiones para la cual estamos preparados, nos acecha el peligro de un estado que podemos denominar miseria psicológica de la masa. Ese peligro amenaza sobre todo donde la ligazón social se establece primordialmente por identificación recíproca entre los participantes, a la par de individualidades conductoras que no alcanzan la significación que les correspondería en la formación de masa”.

La conclusión freudiana sobre esta miseria psicológica incita a la cultura de masas, obliga a pensar que la función del padre como ideal regulador fracasa como síntesis lograda, “como si el conflicto ambivalente con el protopadre tendiera a buscar compulsivamente su repetición presente: creación de nuevos padres a quienes someterse, de los cuales se espera el amor tanto como la dominación, a los que se desafía bajo la figura del héroe”. La repetición tanática parece ser el eterno retorno de la violencia primera.

CONCLUSION: LA IMPOSIBLE ARMONIA DEL SUJETO Y LA CULTURA

En una carta precursora de 1914 a Van Federn, Freud expone esta

analogía entre el protopadre como ideal del Yo y este padre o jefe-padre colocado en un lugar como super Yo de la cultura implica que su función simbólica apacigüe los conflictos entre las pulsiones por las exigencias culturales.

Por ello Freud le adjudica el origen de la ética o de sus mandatos primordiales. “El super Yo de la cultura ha plasmado sus ideales y plantea sus reclamos. Entre estos, los que atañen a los vínculos recíprocos entre los seres humanos se resumen bajo el nombre de ética. En todos los tiempos se atribuyó un inmenso valor a esa ética, como si se esperaran de ella unos logros de especial importancia. La ética ha de concebirse como un ensayo terapéutico, como un empeño de alcanzar por mandamiento del Super Yo lo que hasta ese momento el restante trabajo cultural no había conseguido. Ya sabemos que por esa razón, el problema es aquí como desarraigar el máximo obstáculo que se opone a la cultura: la inclinación constitucional de los seres humanos a agredirse unos a otros”.

El papel de la ética cultural legada por el Super Yo paterno será pues, neutralizar la agresión que opone a los hombres y destruye los

lazos libidinales. Pero el mismo Freud se encarga de mostrar al final de este mismo escrito que este combate es un entrecruzamiento de dimensiones conflictivas entre dos colosos: Eros y Tánatos, cuya tensión constante nunca cesa y cuyo desenlace feliz no está garantizado. El malestar de la cultura plantea de este modo la imposibilidad de conciliar en una ética la definitiva cancelación del conflicto y por el contrario enfatiza la reproducción de éste en el orden simbólico. Cultura y sociedad llevan en sí las condiciones para la reproducción ampliada de las neurosis colectivas, tienen en sí un potencial de destrucción y muerte. Este singular análisis freudiano sobre la cultura nos ha demostrado que ella esconde a la vez motivos de violencia y sufrimiento mayores que los que a veces pretende resolver. Se abre entonces una extraña situación antinómica, como recuerda Teodoro Reik. “La cultura de cual tomamos las armas para luchar contra el sufrimiento, también lo procura. Es medicina y veneno al mismo tiempo. Freud expone aquí, de modo más condensado, una especie de historia de la cultura; la historia de las ganancias culturales y de

conclusión derivada de su propia experiencia clínica. *"El estudio de los síntomas neuróticos, ha permitido al psicoanálisis llegar a la conclusión de que en los seres humanos las pulsiones primitivas salvajes y malhechoras no han desaparecido forzosamente, continúan existiendo bajo una forma reprimida, es cierto, en el inconsciente, como nosotros decimos, y esperan una ocasión para ejercer su actividad"*. Para Freud se trata de la permanencia de esa ambivalencia constitutiva de los impulsos del estado de naturaleza o barbarie nunca ligados o integrados definitivamente por el peso de la ley.

Confirmación de esta hipótesis de una violencia fundamental sostenida aún bajo el primado de la ley paterna son los escritos finales del propio Freud, tanto en su correspondencia con Einstein publicado con el título *"¿Por qué la guerra?"* como en su testamento espiritual *"El Moisés y el monoteísmo"*. Tras recordar el carácter hipócrita de una civilización y su procedencia del asesinato *"el amor no debe ser menos que el asesinato"*, había confesado en las consideraciones actuales sobre la guerra) el viejo Freud declara en el 33: *"Somos pacifistas porque debemos serlo"*. Y aún más agrega: *"Creo que el motivo fundamental por el que nos levantamos contra la guerra es porque no podemos hacer otra cosa"*.

Su conclusión llegaba a bordear los límites de afirmar la utilidad y necesidad histórica de la guerra en el proceso de civilización. Así concluye: *"Todo aquello que trabaja en el desarrollo de la cultura, trabaja también contra la guerra"*. Se trata pues de reconocer nuestro origen como herederos de esa violencia prehistórica que aún no ha sido cancelada. Ya desde esas primeras consideraciones sobre la guerra, Freud llega a aseverar que la negación de un instinto natural que lleva a matar es de una naturaleza tal, que nos da la certidumbre de que descendemos de una serie de asesinos

que tal vez como nosotros mismos tenían la pasión del asesinato en la sangre.

El testamento freudiano presente en un Moisés y el monoteísmo retoma esa violencia arcaica fundamental del ser humano inscrita tanto en los individuos como en los pueblos y cuya huella aún se encontraría en los animales para demostrar que esas inscripciones fantasmáticas primarias deben vectorizarse en un simbolismo libidinal capaz de elaborarlas secundariamente. Sin embargo el asesinato del Moisés demuestra no sólo la persistencia de ese imaginario violento sino el fracaso del padre de la ley para hacer entrar en ese orden simbólico a los hijos de dios o al pueblo elegido, convertido en parricida.

Quizás por ello Freud tuviera que ocultar el origen judío de Moisés para atribuirlo a un pretendido origen egipcio a la vez que presentaba ese odio feroz contra el padre y su rebeldía contra él como producto de un dios feroz semejante a un protopadre como el de Tótem y Tabú. Solo sobre este asesinato de Moisés, el pueblo parricida se constituye en un peregrino y sólo bajo ese supuesto se entiende su expectativa de reparación en una religión de amor que suavice los rasgos de aquel protopadre. Freud el judío acusado de renegar de su raza tras su amargo odio a los judíos, concibe un Moisés cuyo asesinato se sitúa en paralelo con el pecado original cristiano, purgado con esa religión del hijo que había creído ocupar el lugar del padre.

Cualquier haya sido la interpretación de este doble asesinato de padre e hijo, el mito edípico freudiano implica el fracaso de esa ley del terror o del amor, ambas capaces de detener la cadena de crímenes parricidas. El asesinato de Moisés y el Cristo entrarían en esa herencia arcaica violenta de nuestra vivencia totémica occidental.

Cada cultura, cada hombre es

portador de esa relación arcaica. Como si el conflicto ambivalente con el protopadre tendiera a buscar compulsivamente su repetición, como si la historia del sujeto en la cultura no pudiera escapar a esa repetición tanática.

Sin embargo la lección fundamental de ese testamento freudiano llamado *"Moisés y el monoteísmo"* está dirigido a explicar esa repetición tanática en un pueblo que se mantuvo aferrado a su destino parricida fundamental.

El destino enfrentó al pueblo judío con gran hazaña de los tiempos primitivos -el parricidio- pues le impuso su repetición en la persona de Moisés una eminente figura paterna. Pero como bien recuerda Freud la tragedia de ese pueblo fue la negación de ese crimen, lo cual lo mantendrá encadenado al recuerdo perpetuo de ese crimen. *"El pobre pueblo judío, que con su acostumbrada tozudez siguió negando el parricidio, tuvo que expiar amargamente esta actitud en el curso de los tiempos"*. Asesinato negado y sacrificio perpetuo, este parece ser el destino de la cultura negadora del crimen.

En adelante cualquiera que intente ocupar ese lugar del Padre tendrá que identificarse con la figura del padre primitivo, esto es, dar lugar a una Ley tiránica, lo cual podrá exponerlo a un nuevo parricidio.

En conclusión toda cultura que no haya superado ese crimen está condenada a repetirlo. Y como contrapartida quien intente ocupar ese lugar soberano reificando la Ley en su persona podrá someter y maltratar los deseos masoquistas de su pueblo, cuyo goce de la dominación, no generará más que un padre violador y un *"Ethos fragmentado"*, próximo siempre a repetir la muerte. En una palabra construirá una morada, pero una morada rota²